

—Las mujeres y los millones, añadió el señor de Aubertin.

Aristides hizo un gesto de desprecio.

XIX.

La última entrevista

Nicolasa se creía feliz.

Había recobrado su libertad.

No pesaba ya sobre ella la amenaza de un matrimonio que únicamente había aceptado para no contrariar á su madre.

Antes de salir del castillo, había escrito esta carta á su amiga Berta Richard:

«Mi querida Berta:

»Estoy tranquila. Tu marido me ha salvado. Todo »ha concluido. No me caso. No quiero casarme. Gracias á vuestra amistad, conservaré mi independencia.

»Y para que comprendas hasta qué punto me »creo feliz, te diré que mi madre aprueba mi resolución. Ayer me dió el primer beso verdaderamente »maternal. Es mejor de lo que yo creía. El mármol se »ha animado.

»Da un abrazo de mi parte á tu marido y ciento »á tu hijo.

»Mas despacio te contaré todo lo que ha sucedido.

»El barómetro, que anunciaba tempestad, anunciaba hoy buen tiempo. Adios. Te ama con todo su »corazón

»NICOLASA.»

Roger de Ambares se encerró en su cuarto después de haber recibido de las manos aristocráticas de la marquesa la carta de su hija.

Máximo y la vizcondesa, los Fontrailles, padre, madre é hija, el general y la institutriz, se paseaban por el jardín, atentos cada uno á su negocio.

El capitán Estrelles parecía hondamente preocupado.

Binic barría las hojas de los árboles arrancadas por el viento de la noche.

De repente dos gendarmes aparecieron á la puerta del castillo.

Iban á buscar á Juan, aunque inútilmente.

Juan no estaba en el castillo.

La presencia de los gendarmes excitó la curiosidad general.

Todos comprendieron que se trataba del asunto Kerandal.

Greluche y Pecherolles tuvieron que volverse solos.

Sus demás compañeros los esperaban en la orilla de los estanques.

Michaud, vencido una vez más por el amor de Santa, no se había decidido á revelar su secreto.

Cuando llegaron Greluche y Pecherolles, el juez de instrucción consultó su reloj.

—Ya es la una, dijo.

—Y los días son cortos, señor Aubertin, observó el procurador.

Pecherolles consoló á los dos magistrados diciéndoles que todos los guardas del castillo buscaban á Juan de orden de la señora marquesa.

Pero Juan no debía volver tan pronto

Un acontecimiento más terrible iba hacer olvidar la muerte de Noel Trehan.

He aquí lo que había pasado:

Desde la escena de la posada de Elven, Juan era víctima de una desesperación profunda.

Y su desesperación era tanto más cruel, cuanto que no podía confiársela á nadie.

La locura de María Ana había roto los lazos que le unían á la vida.

Y él, que por el amor de María Ana se había reconciliado con el mundo, privado de él, volvió á odiar á todos sus semejantes.

Testigo de los esfuerzos sobrehumanos hechos por su joven ama para salvar á sus parientes del oprobio de una causa criminal y del valor que había desplegado para defenderlos, recordó que, al hablarse de su matrimonio, se había avivado el odio de los Kerandal contra ella, profiriendo Jacobo y Corentin terribles amenazas.

En la mirada de Jacobo había adivinado algun proyecto siniestro.

Al entregar la noche antes á Corentin la carta de la señorita de Fonterose, Jacobo, al aparecer indiferente, había mirado de una manera singular á su hermano, frunciendo las cejas.

Juan sorprendió aquella mirada, y aunque no acertó á explicársela, presintió algo terrible.

Cuando al día siguiente la señorita de Fonterose atravesaba el bosque, Juan corrió tras ella como un loco, decidido á morir por ella si la amenazaba algun peligro.

Gracias á la casualidad de encontrar Nicolasa en su camino á la justicia, logró alcanzarla.

Sabía dónde iba y se apostó en el camino, procurando no ser visto.

Corentin la esperaba en la Piedra de las Hadas.

A Juan le asaltó esta sospecha.

¿Amaría la señorita de Fonterose á Corentin?

¿Era esto posible?

Reflexionó un momento, y al pasar por delante de él Nicolasa, no se atrevió á seguirla.

Corentin, desde algun tiempo á aquella parte, parecía trasformado.

¿Tenía Juan derecho para seguir y expiar á su señorita?

¡Y si trataban de tenderla un lazo!

De repente se oyó á lo lejos el disparo de un arma de fuego.

Juan creyó oír más: creyó oír un grito.

¿Sería una ilusión?

No pudiendo contenerse, echó á correr por entre las matas y los árboles del bosque hácia la Piedra de las Hadas.

Jacobo, por su parte, había tomado sus disposiciones con la sangre fría que le caracterizaba.

Toda la noche se la pasó meditando sobre la situación creada para los Kerandal por las revelaciones de su madre.

Por otra parte, el capitán le había acusado de la muerte del marqués de Fonterose.

No se trataba, pues, de un crimen, sino de dos.

Estaban perdidos.

Jacobo no temía ser condenado, temía la deshonra de su familia.

Penhoet iba á ser tenido por toda Bretaña por una cueva de bandidos.

Pero dando un paso más, la fortuna de los Fonteroses pasaría á su familia.

El iba á sacrificarse, pero si hacía la felicidad de los suyos, ¿qué le importaba?

Después de matar se suicidaría.

Pero, más que nada, influía en su ánimo la idea de que Nicolasa iba á casarse.

Al recibir la carta de la señorita de Fonterose, Co-rentin se había puesto pálido, contestando con evasivas á las preguntas de su hermano.

Jacobo se decidió á obrar por sí mismo.

Asistiría á la cita que Nicolasa daba á Co-rentin.

Porque sin leer la carta comprendió que se trataba de una cita de Nicolasa, para dar el último adiós á Co-rentin.

Si, por el contrario, en vez de tratar de una despedida se trataba de una cita de amor, Jacobo, por hacer feliz á su hermano, volvería el arma homicida contra su pecho, suicidándose.

Todo dependía de lo que viera y oyera.

Procedió con la misma abnegación que Juan, aunque en sentido contrario.

Juan seguía como un perro á su ama para defenderla.

Jacobo seguía como una pantera á su hermano para expiarle y conocer el objeto de su cita.

Su misión era más árdua que la del guarda.

Co-rentin era tan sagaz como Jacobo, y por consiguiente, era difícil sorprenderle.

Jacobo no lo ignoraba.

De aquí las precauciones que tomó para no ser sorprendido.

Cuando comprendió, por la dirección que tomaba, que Co-rentin iba á la Piedra de las Hadas, tomó á todo correr el camino opuesto para llegar al mismo tiempo que él, y una vez en el lugar de la cita, se ocultó en lo más espeso de los matorrales que servían de cerco á la famosa Piedra.

Corentin llegó pocos momentos despues, y sentándose al pie de un arbol, se puso á leer la carta de Nicolasa.

Jacobo vió con asombro que se la llevaba á los labios y la besaba.

—¡Cuánto la ama! murmuró con rabia.

La señorita de Fonterose no tardó en llegar.

La alegría que brillaba en sus ojos aumentaba su hermosura.

Se apeó, y después de atar su caballo al tronco de un arbol, se dirigió hacia Corentin que se puso de pié, quitándose el sombrero.

—Me habeis dicho que viniera, dijo con voz lenta y grave, y he venido. ¿Qué teneis que decirme?

Nicolasa se sonrió.

—Muchas cosas, le contestó.

—Una de ellas vuestro matrimonio...

—Os suplico, amigo mío, que no adopteis esa actitud dramática. La vida no es una novela. Estamos en un bosque del Morbidan y no en el teatro. Y si me casase, ¿qué diríais?

Corentin bajó la cabeza.

—Me desesperaría como ya lo estoy, murmuró.

—¿Por qué?

—¡Y vos me lo preguntais!

—Sin duda. ¿A qué viene esa desesperación? Aunque yo me casara, que es posible, no me la explicaría. Somos parientes y nos queremos, ¿no es verdad?

—Sucedá lo que suceda, os amaré siempre.

Una nube de tristeza pasó por la frente de Nicolasa.

—Al llegar aquí me sentía dichosa. No me hagais sufrir hablándome de cosas que es preciso olvidar. El pasado no nos pertenece, olvidémosle. El porvenir, en cambio, es nuestro. Volvamos hacia él nuestros ojos.

Hubo un momento de silencio.

Nicolasa prosiguió:

—Voy á deciros lo que he hecho, amigo mío. Desde nuestra última conferencia he meditado mucho, resolviendo reparar las faltas de mi familia, cuya representación legal tengo ya. Sabed por de pronto, que todas las indagaciones de la justicia para hallar el cadáver de Noel Trelan, serán inútiles. Tengo motivos serios para suponerlo. Además, cuento con la complicidad de Juana. Os defenderá enérgicamente. Y defendiéndooos ella, ¿quién podrá condenaros? Yo la restituiré la fortuna que ha perdido. Ahora hablemos de nosotros. Yo no soy responsable de las injusticias de mi familia, pero tambien quiero repararlas.

Y sacando un papel del bolsillo, se lo dió á Corentin, añadiendo:

—Aceptad este recuerdo de vuestra prima Nicolasa. Quiero que recobreis la posición que os corresponde en el mundo.

Corentin leyó el papel.

Era el bono de quinientos mil fraucos firmado por Nicolasa y aprobado por su madre.

Con un movimiento rápido, Corentin rompió el papel y arrojó lejos de sí los pedazos.

—¡Dínerol! murmuró. No os he pedido limosna. Nicolasa palideció.

—¿Qué queréis, pues? exclamó.

—Nada, contestó Corentin con voz sorda.

—No os comprendo, Corentin.

—¿Sabeis lo que quería? Quería vivir eternamente á vuestros pies. Quería tener el derecho de veros á todas horas, de aspirar el perfume de vuestros cabellos, de besar la tierra que pisáis. ¡Pero ya sabia yo que aspiraba á un imposible! Les condenados no pueden aspirar á las inefables dulzuras del cielo. Os lo confieso, puesto que habeis conseguido arrancar este secreto del fondo de mi alma: sois el sueño de toda mi vida. No he vivido, no vivo más que para vos. Perdonadme esta blasfemia, no quiero en el mundo á nadie más que á vos. Sin vos, la vida para mí es una carga insoportable. Guardad vuestros beneficios para mi familia. Yo no necesitaré nada dentro de breves días. En el momento en que sepa que perteneceis á otro hombre, me levantaré la tapa de los sesos. ¡Adios, Nicolasa, adios!

Nicolasa oyó con íntima satisfaccion estas palabras que respondian tan elocuentemente á los sentimientos de su alma.

Y acercándose á Corentin, le dijo:

—¿Mi matrimonio os causa horror?

—¡Sí! exclamó Corentin.

Y para poner á prueba el amor de Corentin, se dirigió hácia el árbol donde había atado su caballo.

—Adios, Corentin, dijo, desatándole y disponiéndose á montar.

Corentin se volvió tapándose la cara con las manos para que Nicolasa no le viera llorar.

En el mismo momento sonó un tiro y Nicolasa cayó entre los pies de su caballo, lanzando un grito.

El grito que había oido Juan,

—¡Corentin, socorro! balbuceó Nicolasa.

Jacobo apareció entre los juncos apoyado en el cañón de su escopeta.

—¡Desgraciado! murmuró Nicolasa al verle.

Corentin, loco de dolor, la cogió entre sus brazos.

—¡Nicolasa! exclamó. Vuelve en tí. No puedes estar herida. No podemos haberte asesinado. Seríamos unos monstruos.

La rompió con mano convulsa el cuerpo del vestido y sus manos se ensangrentaron.

A la vista de la sangre lanzó un rugido de desesperación.

—¡Sí, sí! exclamó. ¡Somos unos monstruos! ¡Estamos malditos por el cielo!

Nicolasa se llevó la mano al pecho.

Se ahogaba.

—¡Aquí! ¡Aquí! Cuánto sufro, murmuró. ¿Por qué me ha herido? Es el destino. Dile que le perdono. Yo te amaba. ¡Qué feliz me habían hecho tus palabras! Había roto el matrimonio que aborrecía tanto como tú. Hubiera esperado, porque el tiempo todo lo borra, y hubiera sido tuya.

—¡No morirás! ¡No quiero que mueras! Y estar solos... aquí... en medio de este desierto...

—No hay salvacion para mí... La muerte ha tocado mi frente... ¡Madre mía!... ¡Adiós, Corentin!

Dejó caer la cabeza en el brazo de Corentin y cerró los ojos.

Todo había acabado.

Corentin dejó el cadáver en el suelo y se dirigió hacia Jacobo ciego de rabia.

—¡Ahora acaba tu obra, miserable! exclamó. Mátame también!

—Telo había prevenido, le contestó friamente Jacobo.

—¿Cuándo!

—Cuando te dije: «Si otro hombre que mi hermano amara á la misma mujer que yo, le mataría. Si los dos amásemos á la misma mujer sería á ella á quien matase.»

—De manera...

Corentin lo comprendió todo, y no se atrevió á proseguir.

—Sin embargo, añadió Jacobo, quiero ser sincero

contigo. Si hubiera sabido que te amaba, me habría suicidado ¿No iba á casarse con otro?

—¡Ah! murmuró Corentin aterrado por aquella implacable lógica. Ha sido el destino.

—Ahora, dijo Jacobo armando su fusil, todas estas historias de crímenes van á terminar. Desapareciendo yo, quedareis todos tranquilos, y dentro de diez años tendreis bastante dinero para comprar el silencio de toda Bretaña. Mira.

Corentin se lanzó sobre su hermano con la velocidad del rayo.

—Escúchame, Jacobo, escúchame. Tú puedes vivir. Yo soy quien aborrece la vida. Déjame morir en tu lugar. De todas maneras no veré el sol de mañana. Estamos perdidos. En la muerte de Nicolasa todo el mundo verá un medio para apoderarnos de su fortuna. Los Kerandal no deben sobrevivir á su deshonra.

—Tienes razón. Santa también está deshonrada.

—¿Qué dices?

—La verdad. Anoche quiso arrojarse al río.

En dos palabras contó á Corentin la desgracia de Santa.

—Nuestra madre está loca. Ibo va á ser acusado como cómplice del asesinato de Noel Trelan. Esto no puede ser. Sígueme.

—¿Qué piensas hacer?

—Ven y lo sabrás. Ven.

—¡Dejarla ahí! ¡Abandonada! No.

Junto al cadáver de Nicolasa se había echado su caballo para defenderla.

Corentin se arrodilló al otro lado y puso la mano sobre su corazón.

No latía ya.

De improviso apareció en escena un nuevo personaje.

Juan, el guarda.

Al ver el cadáver de su ama, lanzó un grito.

—¡He llegado tarde! exclamó. ¡La han asesinado! Pero, ¿sois hombres ó fieras? ¡Y ella que sólo pensaba en hacer vuestra felicidad! ¡Bandidos!... ¡Miserables!

Y cayó á los piés del cadáver, cuyas facciones reflejaban el reposo de una vida mejor.

Jacobo vacilaba.

El instinto de la conservación detenía su mano.

Buscó un medio y lo halló.

Pero necesitaba deshacerse de aquel testigo importuno

Se echó el fusil á la cara en el momento en que Juan se volvía hácia él.

—Mátame á mí también, salvaje, exclamó Juan. Un crimen más ó menos, ¿qué significa para tí? Con vuestras violencias habeis hecho que pierda el juicio vuestra madre. Habeis asesinado á vuestro pariente el marqués. Habeis asesinado á su hija. ¡Ojalá que la bala que ha puesto fin á su vida se hubiera estre-

lado en mi pecho! ¡Cuánto te lo hubiera agradecido! ¡Fiera!

Corentin se interpuso entre Jacobo y Juan.

—¡Basta de crímenes! dijo. Vuelve al castillo, Juan. Dí á tu ama que encomiende á Dios el ángel que ha perdido. Dí que los Kerandal son los que la han asesinado. Cumple con tu deber.

—¡Quieres que os entregue á la deshonra, al cadalso! ¡Desgraciado!

—No, le contestó Corentin con amargura. Los Kerandal no han nacido para el verdugo.

—La justicia está á dos pasos de aquí. El procurador de Vannes y los gendarmes buscan las huellas de vuestras víctimas. Nicolasa, para salvaros, hizo extraer del estanque el cadáver de Noel Trelian, sepultándole en lugar seguro. Huid. Estais perdidos.

—Gracias, dijo Corentin. Danos el plazo de una hora y yo te juro que no habrá jueces ni tribunales para nosotros.

—Sea. Teneis una hora de plazo.

—Adios, Juan, y gracias. Si ves á Cláudio, dile que nos perdone. Aconséjale que no vuelva á Penhoet, porque no encontrará una casa, sinó una tumba.

Jacobo se sonrió.

Los dos hermanos tenían el mismo pensamiento.

Juan se alejó lentamente.

Sus ojos estaban secos.

Se creía víctima de una pesadilla.

Dentro de una hora, había dicho á Corentin y Jacobo.

Maquinalmente se llevó la mano al relój, que le había regalado la señorita de Fonterose un día de su santo.

El horario señalaba las dos.

Cuando Corentin comprendió que Juan no podía oírlos, dijo á su hermano:

—Tienes razon. Te he comprendido. No hay esperanza. Los Kerandal no pueden morir como asesinos vulgares. Vé á Penhoet, cierra las puertas. Haz que se vaya Ibo. El será feliz y rico, mas tarde. Cláudio tampoco debe volver á la casa de sus padres. La fortuna de los Kerandal tambien será suya. Si Santa quiere morir, que se quede con nosotros, si no, que siga á Ibo. Dila que el oro borra la deshonra. Además, ella no es culpable. Dentro de algunos años la harán la corte las principales familias de Bretaña. ¿Es esto lo que tú quieres?

—Sí.

—Vé, corre, nuestros momentos están contados.

—Aún es tiempo, repuso Jacobo. Deja que me mate.

—No. yo tampoco quiero vivir. Juntos hemos formado nuestros horribles proyectos. Juntos debemos expiarlos.

E hizo un movimiento brusco como para alejar de sí una imágen terrible.

Luego añadió:

—Basta de palabras. Vengamos ya á los hechos. Hemos vivido juntos; muramos juntos.

—¿Qué piensas hacer del cadáver de esa desventurada?

—Vete. No tardarás en saberlo. Cada minuto que perdamos es una probabilidad menos de salvacion. Ciérralo todo, prepara las armas y los cartuchos. Si alguien intenta detenerte en el camino, mátales. Estamos en guerra con la justicia, con los hombres, con el mundo entero.

Un momento despues desaparecía Jacobo.

Cuando le perdió de vista Corentin, se arrodilló al lado del cadáver de Nicolas y le dió un beso en la frente.

No podemos precisar el tiempo que permaneció contemplándole, con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas.

Los pasos de una persona que se acercaba le sacaron por fin de su éxtasis.

Era un guarda del castillo que se dirigía hacia la Piedra de las Hadas, seguido de su perro.

Corentin cogió en brazos el cadáver, y saltando sobre el caballo con su preciosa carga, tomó al galope el camino de Penhoet.

Cahussac declaró al dia siguiente que le había visto pasar por delante de él como una exhalacion.

Al llegar á la vista del castillo se apeó y dió un latigazo al caballo para que continuara su camino.

La presencia del caballo en el parque, fué el primer anuncio que tuvo la marquesa de que á su hija la había sucedido una desgracia.

Ibo había sido prevenido por Jacobo de lo que ocurría.

Recibió aquél último golpe sin palidecer.

Cuando Catalina le dijo que la casa estaba rodeada de gendarmes, exclamó:

—¡Antes la muertel

Santa se negó á abandonar á Penhoet.

—No quiero sobrevivir á los míos, dijo con entereza.

María Ana dormía tranquilamente en su lecho.

Cláudio acababa de partir para Elven después de haberla dado un calmante.

José, el mozo de cuadra, había oído voces confusas, pero no sabía de lo que se trataba.

Jacobo, sereno como un soldado la víspera de la batalla, preparaba las escopetas y las municiones para sostener un sitio en regla.

Dos horas después llegó Coirentin.

Ya era de noche.

XX.

En fragante delito

Juan cumplió su palabra.

Al penetrar en el parque exclamó:

—La señorita ha muerto.

La marquesa estaba asomada á la ventana de sus habitaciones.

Por primera vez latió su corazón bajo la influencia de un sentimiento humano.

La madre venció á la mujer mística.

Lanzó un grito y se desmayó.

El general parecía víctima de la mayor desesperación.

Binic lloraba como un niño.

Sólo Roger estaba tranquilo.

La muerte de la señorita de Fonterose le evitaba la vergüenza del rompimiento de su proyectado enlace.

El orgullo humano tiene crueldades terribles.

Cuando recibió la carta de Nicolasa por conducto de la marquesa, comprendió que todo había acabado.

La generosidad de su prometida fué una nueva humillación para él.

Entonces se acordó de Juana Trelan.

—¡Vétel le había dicho.